

LIBERALISMO Y SOLIDARIDAD

ESPERANZA GUISÁN

Universidad de Santiago de Compostela

El trabajo de Schwartz del que aquí me ocupo *Nuevos Ensayos Liberales* Espasa Calpe, Madrid, 1998, es deliberadamente provocador. Pero también es un libro, a pesar de ello, de acercamiento. ¿Quién no compartiría por ejemplo la idea de autonomía, de libertad de acción, o de responsabilidad personal?

¿Quién no querría librarse del proteccionismo y del paternalismo?

El liberalismo, afirma Schwartz, “ha sabido recoger más cabalmente que los idearios anarquista, nacionalista, socialista e incluso democrático, con los que a menudo ha estado aliado, los elementos de respeto ideológico, de asociación espontánea, de realización personal y de autogobierno, que caracterizan lo mejor de la civilización occidental”. (pág. 54).

En un sentido muy amplio, sin embargo, habría que añadir que el ansia de autogobierno es tan antigua como la invocación de Sócrates a su *daimon* particular con objeto de gobernarse a sí mismo al margen de la *doxa*, la mera opinión de sus conciudadanos.

Dentro del liberalismo en sentido laxo tanto en la tradición kantiana como en la tradición milliana la auto-estima y el autogobierno han sido los valores, a destacar, por mas que se entendieran de modos tan distintos. Por ello hablar de auto-gobierno no es suficiente si no sabemos a que nos comprometemos. Si pretendemos auto-governarnos sin escuchar las lecciones de los más doctos

seremos simplemente necios “libres”. Si nos asusta comprometernos en hacer un mundo más rico no sólo para nosotros sino para todos los demás seremos seres humanos deficientes, ya que hemos infradesarrollado nuestra capacidad de empatía.

Pretendernos absolutamente individuales es absurdo, erróneo, y por encima de todo perjudicial a nuestro propio desarrollo personal. Desde la lengua, las costumbres, los valores, las actitudes, las virtudes que desarrollamos todo absolutamente todo es un débito que tenemos contraído con la sociedad que nos dió los mimbres para construir nuestra cesta.

Somos constitutivamente sociales, pero no necesariamente gregarios. Nos va mucho mejor invidual y socialmente siendo animales solidarios.

La solidaridad es una de las palabras más cálidas y más liberadoras. Si queremos escapar de la vida gremial, del cerrarnos en nuestra familia, nuestra parroquia, nuestro territorio, nada mejor que mirar a los demás, mirar a través de los demás, para conocer la amplitud y la riqueza del mundo, de la historia, de las culturas, de las posibilidades.

Por supuesto que ciertos aspectos de la economía de mercado no son un obstáculo para la solidaridad. El que realiza unos hermosos zapatos, que sean además cómodos al pie, está no sólo luchando por conseguir el reconocimiento de sus ciudadanos en forma de dinero, sino que está contribuyendo a nuestro bienestar. Nada digamos de los que dirigen empresas farmacéuticas, de los propietarios de periódicos, que tanto mal pueden prevenir y tanta libertad-felicidad pueden proporcionarnos. Pensemos en los propietarios de restaurantes y hoteles, de salas de cine, de lugares de recreo, de grandes o pequeños almacenes, de inmensos supermercados o de modestas fruterías, todos nos sirven, aunque también nos engañan, nos dan la fruta podrida o ya muy pasada, nos venden por novedoso algo pasado de moda, etc. El mercado en sí no tiene normas morales, el éxito es su meta por lo que precisa de la acción pública y ciudadana para prevenir y evitar unas relaciones humanas penosas, fundadas en la superioridad crematística, o de ingenio, o simplemente de habilidad, que intenta aplastar las oportunidades de vida de calidad y de bienestar de los menos favorecidos en la lotería natural y social.

¿Por qué habrían de ser premiados financieramente las personas con mejores voces, más ingenio, más inteligencia?. En la medida en que lo que son es fruto de su trabajo o de su esfuerzo, merecen todo tipo de impulsos y recompensas. Pero es muy difícil

decidir si la voz de Pavarotti es tan extraordinariamente potente, armoniosa y cálida, porque la naturaleza lo quiso, o han sido sus muchos años de estudio y esfuerzo lo que lo han convertido en uno de los mejores tenores actuales.

Lo que está claro es que los minusválidos, los ciegos, los sordos, los paráliticos, los deficientes mentales, o los discapacitados física o psíquicamente no lo son por decisión propia, y parecería cuando menos cruel atropellar sus vidas, arrasar sus vidas, en el afán de la economía expansiva de eliminar los obstáculos a la producción de más y más dinero.

¿Qué decir de un anciano ciego que tiene una vivienda alquilada que no puede pagar? Posiblemente la sociedad de mercado ordene que se le embargue sin piedad. ¡Así se construye el derecho a la libertad individual! Vivimos en sociedades, en grupos, no somos islas. NO podemos soportar el llanto del anciano desahuciado. A él no podemos decirle “Haber ahorrado más para tu vejez”, porque tal vez nunca tuvo un trabajo suficientemente remunerado. ¿Blandenguería? Bueno pues que nos llamen blandengues, lo aceptaremos con una sonrisa porque sabemos que poner límites al mercado libre es una acción de justicia mínima, un acto de solidaridad humana, una muestra de *sympatheia*. Sabemos que éticamente el “triunfo” va unido a la *arete*, la virtud, la generosidad, la entrega, la dávida, no a la cuenta corriente. Es nuestro capital moral el que nos conforta a los que poseemos rentas pequeñas y medianas. ¿También quieren los muy ricos, no contentos del todo con ser sólo eso convertirse en ciudadanos ejemplares?

A uno le resulta un tanto difícil el imaginar un millonario justo y generoso, algo así como la cuadratura del círculo. Porque es un secreto a voces que la mayoría de las fortunas se construyen o acumulando bienes de los antepasados, o jugando hábilmente, sin excesivos escrúpulos —alguien tiene que llevar la manzana dañada— en el mercado libérrimo.

A Schwartz le molesta por ejemplo que cobren pensiones aquellos que no han contribuido ¿o qué no han podido contribuir?. Porque la cosa es harto difícil y tenemos que liberarnos de los “sonidos” como diría Bentham, a fin de que no nos confundan. Una cosa es “no contribuir” (poder hacerlo y negarse a ello) y otra es no poder hacerlo por falta de recursos y posibilidades.

Aquellos que por vivir en la miseria, o por tener graves carencias no tienen capacidad crematística para pagar impuesto alguno, ¿tendrán que sufrir el doble castigo de ser abandonados a su suerte que será todavía más penosa en la vejez?

El mercado libre no excluye la solidaridad necesariamente, pero para que ello sea así se necesitan medidas preventivas, medidas disuasorias y medidas penalizadoras.

La educación moral sería la forma de desarrollar las capacidades de empatía y solidaridad entre todos los seres humanos de suerte que todos sufriésemos con la suerte de los demás, como el bondadoso Mill creía posible. Más ante la evidencia de que todavía, por motivos que sería muy largo analizar, no se ha logrado educar a las personas en la solidaridad, se hace necesario que los que más tienen, como producto de los bienes que la naturaleza y la sociedad le concedieron, devuelvan parte de lo adquirido sin mérito por su parte.

No se trata como parece querer Schwartz de una pandilla de holgazanes, o de unas minorías ahítas de poder, dispuestos unos y otros, a arrancarle las entrañas al probo empresario, que ha ganado sus millones honradamente, o que legítimamente los ha heredado. La cuestión es muy otra, más allá de la ley, más allá de la economía, por encima de la ley y de la economía, está la dignidad humana, que no es nada sin los medios materiales y culturales para su desarrollo, físico, psíquico y moral. Y en el logro de esta dignidad humana, que no es más que el modo de ser feliz física, moral y psicológicamente tenemos todos que contribuir corresponsablemente si queremos ser éticamente valiosos.

Si y sólo si los ciudadanos holgazanes quisieran aprovecharse de los más trabajadores, nos encontraríamos en una situación éticamente anómala, o simplemente éticamente reprobable. Pero ¿cómo saber hasta que punto el marginado por sociedad es en alguna medida responsable de su marginación? Tal vez es pobre porque es torpe y tonto. ¿Pero es acaso responsable de su torpeza y su carencia de talento? ¿Acaso alguien se ha ocupado de instruirle, de hacerle útil a sí mismo y a la sociedad? Tal vez es vago, porque ha nacido en un ambiente carente de estímulos.

No se puede hacer filosofía moral o política hoy en día sin conocer los datos que la sociología y la psicología aportan respecto al origen de las patologías sociales. Sobre todo no se puede mantener el "libre" juego cuando nadie es libre, sino que está condicionado por su ambiente familiar, por su herencia cultural y genética.

Éticamente todo el mundo tiene derecho a ser feliz y a contribuir a la causa de la felicidad ajena (que por supuesto supondrá entre otras cosas contribuir a la causa de la libertad ajena) por eso considero muy pertinente la modificación llevada a cabo por los americanos en su Constitución de 1776, al sustituir los derechos

lockeanos a la vida, la libertad y la propiedad por el derecho a la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad.

Schwartz por el contrario comenta con cierta acritud: “Quedó así abierto el portillo a la idea de que la felicidad es un derecho de los individuos. De aquí que en América hayan acogido con entusiasmo los más *sentimentales* (cursivas mías) de sus ciudadanos la discutible idea de que las libertades, tradicionalmente concebidas como barreras frente a la violencia o la coacción, quedan vacías de significado si no son otorgados a todos los individuos todos los medios para gozar la felicidad sin necesidad de que los conquisten” (pág. 54). Como Schwartz agregará de ahí que la palabra “liberal” adquiriese “el carácter intervencionista y socializante que hoy tiene allí”.

A decir verdad podíamos decir, desde Mill cuando menos, que ser liberal y tener un carácter socializante no son cuestiones contrapuestas. En rigor sólo hace falta ser un “sentimental” para pensar que no es bueno que los individuos sufran a causa de carencias físicas y psíquicas de las que no son responsables.

La felicidad es un derecho, como el que más. El derecho de los derechos, en virtud del cual cobran sentido todos los derechos restantes ¿Acaso alabaríamos la vida, la libertad y la propiedad, si no fuesen causa y razón de nuestros goces?

Por supuesto que cuando la vida deja de producir felicidad los éticos declaran el derecho a la eutanasia activa (solicitada siempre voluntariamente por el paciente). La libertad como autogobierno y no dependencia de los demás puede resultar penosa por lo que nos adherimos a un grupo político, o una asociación deportiva, o formamos una familia.

Incluso las riquezas pueden resultar pesadas, por lo que algunos individuos las han abandonado históricamente. O simplemente han huido de una vida aparentemente más cómoda a otra más en contacto con la naturaleza.

Todo ello significa que no existe sólo un modelo de felicidad, pero que es siempre la felicidad, la nuestra y (si somos debidamente generosos) la de los otros la que buscamos.

Cuando Schwartz habla de los americanos más sentimentales que se dejan seducir por tendencias socializantes, dice la verdad. Como Hume establece, frente a Kant, es un sentimiento moral el que nos mueve a realizar el bien y las acciones virtuosas no una supuesta fría razón pura.

Hay en el párrafo citado de Schwartz dos reminiscencias kantianas: el sentimiento no parece ser válido como fundamento en ética, y en segundo lugar, la felicidad no es algo que se nos otorga sino que debemos conquistar (la diferencia a favor de Schwartz es que la recompensa a nuestros esfuerzos puede ser disfrutada en esta vida y no en otra ultraterrena como en Kant).

En dos cuestiones estaría yo de acuerdo con Schwartz: 1) no podemos caer en un sentimentalismo no ilustrado por la razón práctica, empíricamente condicionada (a diferencia de Kant), sino que cuando nos referimos al sentimiento moral nos referimos a un sentimiento *peculiar*, que sólo tiene lugar cuando universalizamos nuestros sentimientos y contemplamos las cosas no de acuerdo con nuestros solos intereses sino conforme al interés general (“This only when a character is considered in general, without reference to our particular interest that it causes such a feeling or sentiment, as denominates it morally good or evil” (Hume: *Treatise*, libro III, sec. II).

Desafortunadamente los liberales “puros” no suelen tener en cuenta que el mundo de la racionalidad se origina a partir de las consideraciones del mundo empírico, incluidos los sentimientos humanos.

Mi acuerdo con Schwartz en esta cuestión relativa a los sentimientos en ética sería muy escaso. Tenemos que ser sentimentales, buenos e imparciales, sentimentales éticos, a fin de juzgar que es lo que más conviene a la humanidad y a nosotros mismos.

Por supuesto si desechamos los sentimientos de solidaridad, empatía, altruismo y otros semejantes, es imposible que lleguemos a preocuparnos por los demás. A decir verdad, estos sentimientos, como tantos otros contrarios, están en nuestra naturaleza y sólo se necesita desarrollarlos o atrofiarlos a fin de que resulte una sociedad de un tipo u otro contrapuesto.

Por lo demás la educación sentimental no impide el desarrollo de nuestro entendimiento y nuestras capacidades racionales. Como Ferrater Mora, liberal solidario donde los haya, ha establecido hay un continuo de la materia a la razón, del sentimiento al razonamiento ético tal como lo expresa en el libro que lleva precisamente por título *De la materia a la razón*.

Conviene insistir en el papel de los sentimientos morales, tal como Hume los entiende, en ética. Si sólo nos guiamos por una razón prudencial que nos dice: “Cuida de tus intereses preferentemente” estamos muy lejos de ocuparnos de los intereses de los demás, que en principio parecen lejanos, distantes y distintos.

Pero si entendemos nuestros intereses como incluyendo la suerte de los demás, que el principio de imparcialidad nos trae cercanos entonces se rompe para siempre la barrera que separaba lo nuestro de lo de los otros.

Por supuesto que se trata de una tarea difícil, especialmente cuando tantas personas no han comprendido todavía que una de las fuentes de la infelicidad, como dice Mill, es conjuntamente con la ignorancia, el egoísmo (Véase: J. S. Mill, *El utilitarismo*, versión de E. Guisán, Alianza Ed., Madrid, 1994, 2.^a ed., pág. 57).

2) La segunda cuestión en que estaría de acuerdo con Schwartz, si bien, con matices, es que la felicidad es algo a conquistar, que no se nos puede dar gratuitamente, y que no tenemos derecho a demandar en esta vida a no ser que llevemos una vida productiva, o mejor, desde mi punto de vista, virtuosa (aunque productiva en sentido amplio es sinónimo de virtuosa).

Si unas personas trabajan, se afanan, hacen estudios de mercado, arriesgan sus pequeños ahorros y ponen una modesta tienda de comestibles, merecen tener más dinero, que los ociosos que esperan en casa a que les traigan su primer o segundo empleo.

El que se afana en su trabajo de investigación, entregándose al laboratorio o a la biblioteca, merece ser más feliz que el que no quiere esforzarse, porque prefiere mirar pasar la vida en vez de incidir en su curso y cooperar en el progreso del mundo y de la humanidad.

La cuestión paradójica, divertida casi, es que la persona arriesgada, trabajadora, con ideas, con ganas de producir o distribuir desde botones o camisetas a tratados de física o arquitectura moderna, los que buscan multiplicar los variadísimos bienes y fuentes de felicidad profunda, *son* de hecho personas felices, al margen de que la sociedad tenga a bien recompensarlos con estatus elevado o ingresos abundantes.

Se diría, pues, que en igualdad de circunstancias, individuos con idénticas o parecidas capacidades intelectuales, manuales y de todo tipo, los que ponen más voluntad en su empeño, merecen mayor estima social, traducida en términos de posición social y económica.

Y aun así, esta valoración moral sólo sería posible si poseyésemos la certeza absoluta de que la *akrasia* aristotélica o debilidad de la voluntad no tiene ninguna relación con las dotaciones sociales y naturales que cada individuo recibe.

Son tan complejas las consideraciones al mérito que se hace muy difícil delimitar quienes han de ser más favorecidos con ingresos o beneficios más altos.

En cualquier caso, de lo que si no hay duda es de que los condicionamientos genéticos y ambientales no sólo contribuyen a que desarrollemos más o menos talentos, sino que así mismo podemos ser psicológicamente más apáticos, o más audaces en virtud de nuestro ambiente familiar o de nuestra constitución psico-somática.

Como ya indiqué el recurso a la psicología y la sociología (además de a la genética habría que añadir) son imprescindibles a la hora de señalar el *mérito*.

Desde luego no hay duda de que a cada cual ha de dársele según sus merecimientos. Pero el concepto de merecimiento es harto complejo, ya que es muy distinto tener mérito por un esfuerzo inmenso que no conduce a casi nada, (por falta de talento) que por un esfuerzo mínimo que conduce a casi todo (a causa de la posesión del talento).

Schwartz acepta en buena medida las determinaciones genéticas del individuo pero sus conclusiones son muy distintas a las mías:

«La igualdad social –indica– tiende a detener el progreso. La distribución de la inteligencia y otras cualidades artísticas morales o físicas viene en parte determinada por el acervo genético de cada individuo. Si se pretende la igualdad de resultados, ello será a costa de despilfarrar las capacidades innatas y aprendidas de la población.» (pág. 114).

Es innegable que si dejásemos a cada ser humano en “libertad” no intentando compensar las desigualdas innatas o generadas por la vida social no “despilfarraríamos energías”. La educación de ciegos, sordomudos o inviduidos con un coeficiente intelectual bajo sería una tarea indeseada, mientras que la estimulación precoz de niños superdotados produciría más artefactos, más y mejor alimentación, mejoras en la industria bioquímica, o en la medicina, por no mencionar sino a unos cuantos sectores de la industria y el comercio.

Cuidar de un anciano que además es pobre, poco inteligente y sin ninguna esperanza de mejora intelectual o física sería una tarea inútil, que acarrearía una serie de gastos que irían en detrimento de tareas más “productivas”.

Pero la noción de “productividad” también está a debate. Desde un punto de vista meramente cuantitativo fomentaríamos las empresas de alto rendimiento, los sistemas de telecomunicación, los descubrimientos en el área de la salud, los avances en astronomía, o las meras especulaciones metafísicas cuando sean de gran “empaque”. Pero posiblemente se pueda hablar de distinta “calidad” en las producciones, e incluso de distinta “calidad moral”.

Posiblemente es un estorbo tener que cuidar a los seres defectuosos con minusvalías, o simplemente con algún tipo de debilidad psíquica o corporal. Pero dada la capacidad de empatía del ser humano, aunque limitada, ya presente desde los primeros estadios del desarrollo de la sociedad humana, tal vez prefiramos viajar en viejos y lentos trenes en lugar de aviones de altísima velocidad, si con ello aliviarnos la suerte de los que realmente no pueden comer a causa de una distribución caprichosa de los bienes, las propiedades, las dotes para producir, imaginar e inventar.

Por lo demás nadie pide que detengamos todo el desarrollo técnico e industrial, que eliminemos totalmente los altos ingresos de los banqueros o de los poseedores del capital. Se trata simplemente de que ejercitemos mínimamente la “bobería solidaria” como Schwartz la denomina (pág. 242), contribuyendo a través de la fiscalidad a que los menos aventajados, los enfermos, los niños nacidos en la pobreza tengan una vida un poco menos dolorosa, y si es posible moderadamente placentera

Aunque muy ignorante en materias de economía deduzco por una reflexión elemental que el cuidado de los más desvalidos, los más indigentes, es incluso beneficioso en cifras computables. La pobreza produce marginación, enfermedades, agresividad, delincuencia. ¿No sería más rentable invertir en sanar y curar que en establecer el orden para defendernos de los más menesterosos?

Estimular debidamente el intelecto de los peor situados en la escala social con pocas posibilidades de desarrollo intelectual ¿no produciría a la larga multitud de bienes de los que nos vemos privados?

Por encima de todo, los sentimientos de solidaridad fiscal y de todo tipo nos ayudan a sentirnos redimidos del peso de nuestra corresponsabilidad moral con la suerte de los otros.